

**UN LIBRO PARA NO OLVIDAR:
*CERRO PELÓN, LÁGRIMAS DE BARRO***

**A BOOK NOT TO FORGET:
*CERRO PELÓN, LÁGRIMAS DE BARRO***

Pérez-Yglesias, María*

Universidad de Costa Rica

mariaperez.yglesias@gmail.com

Resumen

Cerro pelón, lágrimas de barro (EUNED, 2013) es un libro de cuentos donde se mezcla la historia y la imaginación; es un homenaje a esos adolescentes centroamericanos, héroes y heroínas de la vida cotidiana, que luchan por sobrevivir a las catástrofes ambientales, sociales, políticas y familiares con las armas de la solidaridad, el afecto, la lucha y la esperanza. Como la primera autora costarricense que inicia el compromiso de escribir cuentos con personajes, temas y geografía de toda la región quise hacer una auto-reflexión crítica de un fragmento de mi propia obra literaria. Quise asumir un desafío que entraña riesgos y críticas pero que permite tomar conciencia del proceso a través de la escritura.

Palabras clave: Literatura Centroamérica, compromiso, subjetividad.

Abstract

Cerro pelón, lágrimas de barro (EUNED, 2013) is a story where history and imagination meet and intermingle. It is a book that pays tribute to Central American teenagers; who are everyday heroes fighting to survive environmental, social, political and familial catastrophes. They fight with weapons of solidarity, affection, determination and hope. As the first Costa Rican author committed to write stories about people, topics and geography of our region; I decided to write a critical self-reflection of a section of one of my literary writings.

Keywords: Literature Central America, commitment, subjectivity.

Recibido: 22/04/2016 - **Aceptado:** 13/06/2016

*Estudios universitarios en la escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica. Doctorado en Comunicación Social, con especialidad en Semiótica. Docente en la Escuela de Filología de la Universidad de Costa Rica. Ocupó cargos variados de dirección, tales como Decana del Sistema de Estudios de Posgrado y Vicerrectora de Acción Social. Es catedrática desde el año 1986 y autora de más de cien publicaciones, así como varios libros de cuentos y dos novelas y poemarios aún inéditos. Actualmente es jubilada.

Introducción

Este análisis del libro *Cerro Pelón, lágrimas de barro* (Pérez-Yglesias, 2013), se puede considerar más bien una autocrítica literaria que exige un estudio de coyuntura (condiciones de mi historia de vida que posibilitan escribir este texto) y un análisis intrínseco del texto mismo. Los seis cuentos que se incluyen, escritos en primera persona como testimonios de vida, me ubican como narradora testigo de una época convulsa que se vive en la región centroamericana. Ubicada entre el realismo social y el cuento histórico, deudora de lo real maravilloso y de la prosa poética esta síntesis reflexiva constituye un acercamiento donde la imaginación y la memoria –más allá de la autora– se dan la mano.

Aunque se respeta la fidelidad cuando se trata de referenciar lugares o acontecimientos concretos (por ejemplo, los genocidios de los pueblos de la región del Quiché guatemalteco, las confrontaciones entre la guerrilla y el ejército en El Salvador o el Huracán Mitch en Honduras), en realidad se trata de personajes adolescentes ficticios que viven sus experiencias personales, semejantes a otras de la vida real. Interesa, como se muestra en el artículo, enfatizar en las formas de sobrevivencia de estos jóvenes héroes y heroínas de la vida cotidiana que representan a muchos otros. Importan sus emociones y sentimientos, sus relaciones personales particulares y con el entorno socio, político, económico y cultural.

Como literatura comprometida –enraizada en una región doliente, atravesada por la pobreza, la violencia, la discriminación y la injusticia– los relatos pretenden sensibilizar –concientizar– a los y las lectoras a partir de una visión humanista, solidaria y esperanzadora.

Esta auto-reflexión sobre *Cerro pelón, lágrimas de barro*, centrada fundamentalmente en el cuentario publicado por la EUNED en el 2013, trae el eco de voces de críticas –escritas u orales– y es deudora de mis propias palabras, manifiestas en los prólogos y presentaciones al público, en grupos de estudiantes universitarios y de secundaria y en entrevistas previas. Enfrentarse a su propio texto es una oportunidad, una aventura poco común y arriesgada que nos permite sorprendernos, confrontar nuestra propia escritura y, por qué no, transformarla.

Cerro Pelón, lágrimas de barro (España 2010 y Costa Rica 2013), es el sexto volumen que me publica, a partir del 2008, la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. En este caso corresponde al tercer trabajo literario con bases histórico –político– sociales y énfasis en el área centroamericana. El primer libro se titula *Las Fronteras de la luna y el sol* y es publicado en el año 2008 y el segundo es *Silencio, el mundo tiene el ala rota* que aparece dos años después (2010).

La Dra. Ligia Bolaños Varela, profesora e investigadora de Literatura Centroamericana (Universidad de Costa Rica) asegura, en la presentación de *Las Fronteras de la luna y el sol*, que es la primera vez que una autora costarricense escribe un libro de cuentos con personajes, temas y geografía de la región. *Silencio, el mundo tiene el ala rota*, también incluye varias historias centroamericanas –además de dos cuentos de la guerra civil española del 36 y un relato mágico– y enfatiza en los temas de la guerra y la migración. A este comentario de la Dra. Bolaños se suma la crítica de Manuel Bermúdez, comunicador del *Semanario Universidad*, quien plantea que los relatos evidencian no solo conocimiento sobre la problemática regional sino una gran empatía con los pueblos del istmo.

La lectura, el interés por la historia, la literatura y la comunicación, la oportunidad de viajar y vivir cortas temporadas en cada uno de los países de la región –gracias a la Confederación de Universidades Centroamericanas, CSUCA– me acerca a la temática y me sensibiliza aún más sobre las consecuencias de la violencia y la injusticia. A esto se suma la oportunidad de convivir y trabajar con estudiantes, con amigos y amigas de los otros países del área. Mi experiencia vital como profesora de secundaria e investigadora y docente en letras y en ciencias sociales de la Universidad de Costa Rica (1970-2012) y las oportunidades que me brinda trabajar como Decana del Sistema de Estudios de Posgrado (1996-2004) y como Vice-rectora de Acción Social (2004-2012), no solo me pone en contacto con diferentes áreas del conocimiento y temáticas sino que me permite una relación permanente con distintos grupos sociales, edades, culturas y problemáticas.

La subjetividad atraviesa el texto: en zapatos propios y ajenos...

Desde que inicio mi etapa literaria en la quinta década de mi vida –antes mis publicaciones eran de índole científica y periodística– siento curiosidad por escribir desde la perspectiva del otro sexo y desde distintas etapas de la vida. Escribir conscientemente desde una condición social, étnica, de preferencia sexual y/o etaria que marca cada una de las historias de vida. De alguna forma siempre quise ponerme en los zapatos del otro o la otra y narrar a partir de sus sentimientos, sus emociones, su forma de pensar, de ser y de vivir.

Ya en *Boleros nos volvemos tango* (Pérez-Yglesias, 2008) –y en otro texto de parejas que está por publicarse: *Anclas sin poema*– me ubico en cada lado –femenino o masculino– de la pareja, marcado por un

lenguaje más o menos particular y busco comprender su interrelación:

Estas no son mis historias literales y tal vez no son tampoco las tuyas.

Quiero hablar de sensaciones, de atracciones y de vacíos, de miedos e inseguridades, de falta de comunicación, de angustias e ilusiones truncadas. Quiero hacerlo desde mi mirada femenina y desde la otra que, en la palabra, asumo por unos instantes como mía. Desde el yo y el vos que hablan sin escucharse, sin establecer un diálogo.

Las mujeres y los hombres enfrentamos el amor de maneras distintas como sexo y como género, aunque coincidamos en el beso, en la nostalgia de los recuerdos o en la magia del encuentro. (Prólogo "El amor tiene dos caras" *Boleros nos volvemos tango*) (Pérez-Yglesias, 2008).

En *Las fronteras de la luna y el sol* (Pérez-Yglesias, 2008) la mayor parte de los protagonistas son adultos –de los dos sexos–. En *Silencio, el mundo tiene el ala rota*, los que relatan su propia historia son niños, niñas y adolescentes. La primera narración –protagonizada por una niña de menos de cinco años– y titulada "La mirada del soldado en el corredor" es autobiográfica:

La mirada de un soldado, que cuelga en el corredor de la casa de mis tíos abuelos paternos, trae ecos de guerra a mis pocos años de niña curiosa y sensible. Por aquella época, mi abuela española –exiliada– pierde el control... revive luces de incendios y bombas asesinas que caen a lo lejos.

... Mi mirada infantil se posa, en otros ojos, y se convierte en protagonista de historias diferentes: la de Juan, el Erizo que quiso ser tambor y hacer patria en la Costa Rica de 1856; las de Amelia y Refugio, niñas de la guerra civil española, de 1936; la de Jaimito y la revolución del 48 en Costa Rica; las de los y las pequeñas de América Central, que sufrieron violencia y pobreza, en los años setenta y ochenta del siglo pasado

(Prólogo "Miradas mudas" en *Silencio el mundo tiene el ala rota*) (Pérez-Yglesias, 2008; pp. vii-ix).

Después de esta primera experiencia con lo autobiográfico, se publican los dos primeros libros de una serie escolar (*Niñas y niños como los ángeles: Piojitas y piojosas* (Pérez-Yglesias, 2011) y *Mapy, la monja que vuela* (Pérez-Yglesias, 2012). El más nuevo de la serie, *Vivir para jugar* está en prensa. Estos textos formados por relatos muy cortos, todos ilustrados por el artista Eddy Castro Rojas, tienen a Mapy –María de los Ángeles Pérez Yglesias– como protagonista:

El primer libro, *Mapy y la monja que vuela*, relata con humor y picardía el mundo de las monjas: Sor Ojo, Sor Presa, Sor Da, Sor Chimuela, Sor Tilegio... y, desde luego la Madre Superiora, Sor Conchita, a la que le encantan los chocolates.

Los próximos libros nos meterán en el mundo del asombro y el juego, el descubrimiento de las realidades y las novedades tecnológicas, los lugares que las niñas y niños podían visitar en las calles capitalinas, la emoción y el dolor de crecer, las actividades escolares y el cambio a la secundaria...

Piojitas y piojosas –personajes, nunca personas reales– los harán pensar y reír, disfrutar y comparar dos momentos de la historia, la que vivieron los abuelos, los papás y la que están viviendo ustedes ahora. (Prólogo "Alas de la imaginación" en *Piojitas y piojosas*), (Pérez-Yglesias, 2011, p. ix y xii).

El cuento que le da nombre a *Las fronteras de la luna y el sol* (Pérez-Yglesias, 2008) es relatado como una experiencia personal de la época de la lucha sandinista en Nicaragua, vivida como joven estudiante y profesora universitaria; y en *Silencio, el mundo tiene el ala rota*, el protagonista de "Cuatro ojos" es un primo hermano de mi padre que muere en el Cardonazo, levantamiento posterior a la revolución del 48. Las dos

novelas escritas *Puentes a mi nostalgia: Ecos de un exilio y Eva, rojo y margaritas en muro gris*–, también autobiográficas, aún están inéditas.

Así, mi literatura va desde lo histórico referencial, lo autobiográfico hasta lo fabuloso e imaginario. En el caso de *Cerro pelón, lágrimas de barro*, se trata de textos que cuentan fragmentos de "historias de vida" que parten de algún hecho real, donde la autora no es más que un testigo conocedor de la situación, la época, la tragedia. Una testigo comprometida con la zona que asume una posición específica.

Es claro que todo texto literario, y este no es la excepción, está atravesado en mayor o menor medida por la subjetividad. Aún si se tiene una clara intención de "contar objetivamente", los textos están cruzados por nuestra historia de vida, por nuestras circunstancias, nuestra filosofía e ideología, por nuestras oportunidades, nuestros conocimientos, valores y formas de sentir y ver el mundo. Por eso considero que no es azaroso ni extraño que se diga que en todos mis libros –sin importar las diferencias de estilo, de lenguajes, de temas– haya valores que siempre aparecen como lo son la esperanza, la solidaridad, la colaboración, el amor y la lucha por lo justo. Ni tampoco es casualidad que se repitan obsesiones una y otra vez: el apoyo incondicional a la educación, el absurdo de la guerra, el juego con el lenguaje, la entronización de la violencia, la tradición popular, la desigualdad, la incomunicación y la soledad, el irrespeto a los vulnerables o diferentes, la orfandad, el miedo al rechazo, la rebeldía frente al poder... Y eso no se planifica, sale en la escritura porque está grabado en nuestra piel y en nuestra alma.

Personalmente creo –igual que la escritora y amiga Adela Ferreto– en una literatura positiva –a pesar del dolor y la

tragedia— que aporte algo que permita mejorar, que haga reflexionar y que, de alguna forma nueva, incite a la acción (prevención, conciencia, diálogo), que provoque el acto de repensar nuestra propia vida y la vida de los que nos rodean.

Memoria, historias de vida y personajes representativos

Conocer los distintos países del istmo y sus habitantes, en distintas circunstancias, no solo me interpela sino que me duele y me obliga a reflexionar y a actuar desde mis posibilidades. Me convence —esta vez por medio de la literatura, antes a través de la comunicación— de la necesidad imperante de “decir”, de “prestar la voz” a otros y otras, de escribir para que no se olviden las tragedias, para que se luche por prevenir, por mejorar las condiciones de vida:

En los relatos —en primera persona— los jóvenes y las jóvenes asumen su derecho a la palabra y la expresión. Luchan por su derecho a diferenciarse de las personas adultas, a pensar diferente, a querer un mundo distinto, menos injusto, menos desigual, menos doloroso, más acorde con sus expectativas.

Por alguna razón, y sin proponérmelo, estas historias nacen fuertemente unidas a un contexto donde la violencia del entorno —natural y social— compite con la fuerza de las emociones y de los sentimientos (Prólogo “De adolescentes, desastres naturales y violencia social” en *Cerro Pelón, lágrimas de barro*) (Pérez-Yglesias, 2013; pp. vii y viii).

Este libro es producto de un trabajo de escritura amplio en el tiempo, intenso y diverso. Muchas de mis historias, relatos, cuentos, poesías, novelas, anécdotas se acumulan en diferentes archivos de la computadora y de pronto, algunas demandan su publicación como conjunto. En este caso particular, *Cerro Pelón, lágrimas de barro*, los textos empezaron a enredarse por afinidades: todos los o las protagonistas son adolescentes

o jóvenes adultos y centroamericanos, y pertenecen a grupos sociales en condiciones de vulnerabilidad que sufren las consecuencias de la pobreza, la marginalidad, los desastres naturales o la violencia político-social.

Cerro pelón, lágrimas de barro es un libro testigo de una época, un libro de memoria. Un conjunto de seis narraciones que no permiten olvidar que la violencia familiar, socio-política y económica, la violencia física o psicológica, individual o colectiva que se vive en los países del istmo centroamericano solo provoca dolor y angustia, y, además, dificulta los intentos por mejorar la calidad de vida de los pueblos. Se trata de un texto literario con bases históricas, donde el poder —generacional, militar, paramilitar, económico, político, de los medios de comunicación— trata de acallar las voces populares y usa las estrategias más crueles e impredecibles para lograr su propósito.

Son, entonces, historias ficticias y a la vez reales, donde la colaboración y el cariño de los jóvenes personajes por sus seres queridos, permiten la sobrevivencia, aun cuando sea en situaciones muy precarias. Son narraciones imaginarias donde la naturaleza tiene un rol fundamental, casi tan importante como los protagonistas y sus historias.

En un mundo tan caótico, tan complejo y tan difícil, la ambigüedad, la duda y la ambivalencia son parte de la existencia misma.

En “Y ahora el Mitch”, Lillo se debate en su propia ambigüedad frente a los adultos de su familia que lo venden “por necesidad e ignorancia”, frente a los norteamericanos de la base de Palmerola que lo compran y llenan algunas de sus carencias. Los sentimientos encontrados lo inquietan:

Los cataclismos mezclan las aguas negras y las blancas, las olorosas a

excremento y las acres de barro y piedra y de tristeza.

...Esos son mis ahorros para huir de las lomas de Tegucigalpa, de ese barrio empinado donde las casas se cuelgan con fuerza de la aridez y se recuestan unas a otras para aguantar las ganas de comer, las ganas de comprarse una nevera blanca para tenerla llena de ilusiones.

Tengo ganas de volver a ver a mis gringos y de perderlos de vista para siempre. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 78 y 81)

Muchas de estas dudas las producen los sentimientos encontrados; otras, las opiniones de los adultos que a veces desconciertan, y con mucha fuerza los medios de comunicación. Por las condiciones geográficas y de vida, más que la prensa escrita y la televisión, es la radio la que representa una voz protagónica y, muy frecuentemente, se convierte en una voz que atiza el problema, como en el caso de la lucha entre el sacerdote, los precaristas y los terratenientes, y la guardia nacional en "Una mañana azul"; y que desconcierta y siembra dudas en los habitantes como es el caso de "Muerte en la calle". En ocasiones la radio contradice la realidad misma.

En "Jachel, la perra muda", Gertrudis relata lo que cuentan los desterrados de otros pueblos que pasan por su rancho:

En casa creemos que exageran. Las noticias de la radio que tenemos sobre la mesa de la cocina, afirman lo contrario.

El ejército ayuda al pueblo salvando a las familias campesinas de sus enemigos. Ciudadanos, colaboren con nuestros soldados. Necesitamos orden en el país. Debemos encarcelar a los rebeldes.

...De los paramilitares, ningún locutor hace comentarios. Parece que no existen. A lo mejor son fantasmas creados para producir miedo y que nos portemos bien.

En casa les creemos a medias a los noticieros hasta que nos toca vivir el terror en carne propia. Una vez somos atacados por la mano blanca y otra

directamente por el ejército. Nunca nos convirtieron en noticia. Nadie en la lejanía pudo defendernos con su pensamiento, nadie supo de nuestra desgracia. Nunca salimos en la prensa y nos destruyeron". (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 14-15)

Las voces de los medios de comunicación juegan un rol menos importante que la información que se pasa de boca en boca, de rumor en rumor, de historia contada en historia contada. Y como todo proceso abierto a las contradicciones, los cambios ocurren de camino. Las noticias pasan de pueblo en pueblo, se comentan entre los habitantes, entre los compañeros de clase, entre los amigos, entre los que llegan provenientes de otros lugares... Gracias a esta estrategia algunos personajes logran sobrevivir:

Mi relato pasa de boca en boca pero no puede borrar la versión oficial (Pérez-Yglesias, 2013, p. 136).

De los que llegan después, unos permanecen callados como tratando de que el silencio los proteja. Otros, habladores como Marcia, nos cuentan de los genocidios, de las masacres, de los sacerdotes que los ayudan, de los ajusticiamientos que hacen en los pueblos donde no existe justicia. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 13).

Ulises, el abuelo fundador, nos cuenta la historia una y otra vez. (Pérez-Yglesias, 2013, p.31).

Nosotros y los otros, nuestros compañeros de cosecha, estamos hartos de la injusticia. Tan agotadas como las abuelas que al atardecer nos cuentan sus historias. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 99).

Entre los personajes tipo quienes ocupan una posición de poder –legítima o ilegítima– que utilizan la fuerza, la violencia, la tortura, el maltrato, la agresión, el abuso, la dominación por la fuerza, presentan una visión muy negativa en el libro y generan imágenes sumamente violentas. Hablamos de las dictaduras, de los militares, la guardia nacional, los paramilitares..., pero también

del padrastro abusador o la madre que vende a su hijo aunque de alguna manera ambos sean víctimas de su circunstancia:

Nuestros pueblos, colgando entre dos mares, contruidos en una faja estrecha, desborda militares, guardias, paramilitares, guerrilleros, bases militares extranjeras... y además sufren el desamparo y las catástrofes naturales.

Le contamos a quienes nos quieran escuchar sobre la agresión, la tortura, el exilio, la cárcel y la muerte. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 124).

La gente mira a mamá con ojos de reproche, de asco, y ella se queda más silenciosa que una rata cuando cae en el escusado de hueco y se ahoga en mierda. Mejor no abrir la boca. En boca callada no entran moscas, ni en casa cerrada policías. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 57).

Otros personajes representativos, con o sin nombre, son calificados casi siempre o positivamente –como maestros y profesores, sacerdotes comprometidos, dirigentes de los grupos organizados, campesinos, indígenas, pueblos, guerrillas– o de acuerdo con sus acciones y actitud específica. Este es el caso de los gobiernos, comunicadores, dueños de tierras, dirigentes, sacerdotes, políticos, comerciantes... Algunos miembros de la familia de los y las personajes principales, sus amigos, compañeros de lucha, los habitantes de los pueblos y sus parejas juegan un rol fundamental en los textos.

Todos y todas las jóvenes protagonistas, de alguna manera, se pueden considerar héroes y heroínas de la vida cotidiana, jóvenes que, a pesar de sus graves problemáticas personales o sociales, reaccionan con solidaridad y afecto. Aparecen historias ubicadas en los países que conforman la región excepto Belice, quien cuenta parte de su historia en "Isidra el canto de tu Sirena", del libro *Las fronteras de la luna y el sol*.

Los protagonistas de *Cerro pelón, lágrimas de barro*, luchan por sobrevivir

frente a lo que les ocurre dentro de la familia, en el lugar donde viven o adonde emigran por las circunstancias. Luchan en medio de catástrofes ambientales, sociales o personales y lo hacen con la ilusión de que algo cambie, lo hacen con inteligencia y a veces cierto sentido del humor, lo hacen protegiendo con amor a las personas aún más vulnerables que ellos mismos.

Son héroes y heroínas de lo cotidiano solidarios, amorosos, colaboradores, soñadores, apasionados, fabuladores, comprometidos, fuertes, perspicaces, valientes, capaces y reflexivos a pesar de las ambigüedades, los enojos, la inseguridad, el temor, la tristeza, el rechazo, el desconocimiento, la impotencia y la incomunicación.

En la introducción o prólogo –todos los libros literarios lo incluyen– se sintetiza la historia de esos y esas jóvenes protagonistas, su experiencia personal que se agrava con la situación político social y los desastres naturales. Veamos un fragmento:

Las historias de la mestiza guatemalteca Gertrudis, su hermanita Marcia y Jachel, la perra muda; de la estudiante salvadoreña Miriam y su novio Javier en Muerte en la Calle; del catracho Lillo, sus hermanitas, su novia Cecilia y los soldados en "Y ahora el Mitch"; el relato de la nicaragüense Rosalía y su amor Guille de "Una mañana Azul"; la tragedia del tico Agustín y de Beatriz y el Cerro pelón o la tico-panameña Lina y su compañero Jesús de Jesibú... no son reales y lo son. Representan a esas estupendas gentes de nuestros pueblos en permanente construcción, a esas personas que viven en un istmo entre los océanos Atlántico y Pacífico donde los vientos soplan tempestades y las montañas deforestadas se deslizan en lágrimas de barro.

Jóvenes centroamericanos se enfrentan a ríos caudalosos que se desbocan como caballos sin brida; a selvas y bosques profundos que arden silenciosos; a sequías que provocan migraciones; a volcanes activos o, simplemente, a

tierras donde el paso de los huracanes y torbellinos tropicales. (Prólogo "De adolescentes, desastres naturales y violencia social") (Pérez-Yglesias, 2013, pp. x y xii)

La naturaleza contextualiza, vive, actúa...

El "Cerro pelón" es el personaje que le da nombre al libro. La montaña, llamada antiguamente cerro verde o cerro esmeralda, es destruida por hombres inconscientes, a los que solo les interesa la ganancia económica. El cerro, deforestado y frágil por la explotación de la piedra, llora lágrimas de barro, se desliza impotente sobre la población que ama y la destruye. Casi humano, el cerro lucha con todas sus fuerzas por evitar la tragedia:

Cerro Verde, cada vez más oscuro en estos días de tormenta tropical, suda tristeza por su piel de chocolate amargo. Su suelo no puede asimilar más agua y la resbala por sus orillas descarnadas, deforestadas.

En ese tiempo, distinto de otros tiempos, las lluvias generosas caen incesantes, descorazonadoras, exageradas, y encapotan nuestro silencio.

La noble montaña suda vergüenza de desnudez reciente.

Pocos años antes unos hombres, desconocidos para nosotros, violan sus misterios de roca profunda cubierta de tierra y se aprovechan de su hermosura verde mientras, distraída por el canto de los pájaros, piensa en su suerte de montaña legendaria. Desnuda y resquebrajada encoge su desconcierto. Fuerte, trata de absorber el agua con toda la energía de sus viejas entrañas y fracasa en su intento. Miles de enormes gotas barrosas empañan sus laderas y se precipitan al vacío raspando la noche. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 27-28).

En cada una de las narraciones la naturaleza exuberante e indómita se defiende, se desborda, se seca o arrastra consigo la esperanza de vivir mejor. Esa naturaleza es, igual que muchos seres humanos, víctima de

los depredadores. Es víctima del descuido, la agresión, la irresponsabilidad, la indiferencia, la ignorancia o la prepotencia de la gente.

Así a las tragedias sociales y personales de los y las protagonistas adolescentes se suman las catástrofes naturales: el fuego se propaga después del genocidio en un caserío y destruye bosques; la sequía deja inertes los campos sembrados y las inundaciones anegan los cultivos y ahogan los animales; el huracán destruye y la tormenta inesperada impide una tragedia mayor pero termina en un desastre; el deslizamiento elimina un pueblo, igual que los hacen los militares o paramilitares con otros caseríos... Los personajes se identifican con la naturaleza o, simplemente se sienten tan áridos, tan turbulentos, tan hirvientes o tan desesperados como ella:

Allá en nuestro hogar en El Salvador, la rutina la imponen el tiempo seco y el lluvioso. De improviso nos enfrentamos a inundaciones y sequías interminables. Secos de esperanza, muchos se queman por dentro y explotan en violencia. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 130)

A mis trece años a mí tampoco nadie puede escucharme porque no sé llorar.

Las nubes sí lloran por mí y por todos nosotros cuando arceja la tormenta. Mi tormenta, la propia, no desaparece con el fuego de la cólera, del dolor y las lágrimas se secan antes de decidirse a salir.

....A lo lejos el fuego quema el bosque que no tiene la culpa de nada y los animales huyen despavoridos. Como nosotras. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 4-20).

El Mitch penetra tierras adentro hondo, profundo. Penetra arrasando haciendas y mojando hambres, sacando las raíces al aire, las piedras de los ríos, la súplica de los corazones. El barrio nuevo queda tan viejo como los tugurios, los tugurios tan destruidos como la esperanza. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 84).

Pero la luna a veces también se encabrita cuando se asoma por la ventana celestial

y no puede distinguir las sombras furtivas. Se enoja, según Chus, con quienes destruyen los bosques y contaminan con basura las quebradas. Se enfurece y nos advierte del peligro con "llenitas" que, cada año, desbordan las orillas.

Advierte y castiga. La miel de la luna se transforma en furia, en desencanto, en desamor. Como esas parejas que primero se van de luna de miel y después se les acaba el dulce y se vuelven ácidas, amargas... (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 147-148).

La violencia del ambiente natural hace aún más compleja la cotidianidad de quienes viven una situación de discriminación, pobreza, abuso, injusticia o incompreensión:

Un terremoto seguido de una tormenta tropical termina con el enfrentamiento entre los campesinos y la guardia nicaragüense, pero deja a una jovencita encerrada en un refugio del que no puede salir; la sequía provoca la migración campesina en medio de luchas por mejorar las condiciones de vida en El Salvador y Javier es asesinado misteriosamente; las aguas del río Sixaola inundan Costa Rica y Panamá y el padastro asusta a Lina, una adolescente que lo único que desea es dejar de temerles a los hombres; la deforestación y explotación de la piedra en Cerro Verde –nos invoca la tragedia de Pico Blanco, Escazú, 2010– provoca un deslizamiento que sepulta un poblado entero en medio de las ilusiones de un casamiento colectivo. (Prólogo "De adolescentes, desastres naturales y violencia social" en *Cerro Pelón, lágrimas de barro*) (Pérez-Yglesias, 2013, pp. ix y x).

La exuberancia y fuerza de la naturaleza misma y la dureza, complejidad y la violencia de la realidad social resultan casi inverosímiles. Es tan fantástico, tan desmedido o descomunal, lo que pasa que se hace difícil poder escapar de lo que en algún momento Alejo Carpentier llama lo "real maravilloso":

Unas ramas se quiebran y dejan a los troncos desnudos, otros árboles saltan de la tierra y raíces arriba, descienden de

la montaña. Los riscos se resquebrajan y corren al río madre aprovechando los riachuelos. Una catarata, enfurecida impulsa sus remolinos con fuerza para llegar más rápido y todos, atarantados y ansiosos por formar el río– ejército que decide conquistar el mar, mueven cantidades de tierra con arbustos, plantas y enredaderas floridas. Arrasan con animales que no saben nadar y, angustiados, mueren. Arrastran palmas y pipas, almendras y jobos, nonis y guayabas, racimos de banano y cacaotales. Los árboles de sangrillo y los cedros de montaña se sostienen en la retaguardia. Cuidan el regreso. Poco a poco, revolcados en barro, dejan de distinguirse y se convierten en una enorme bola de peligro. Se tiran sin pensarlo al cauce del río y las piedras, celosas de que sus aguas dejen de revolcarlas con cariño, atrapan troncos y ramas, hierbas, frutos y semillas. Forman diques improvisados mientras las aguas se esparcen y lo invaden todo... (Pérez-Yglesias, 2013, pp.161-162).

Es difícil no caer también en lo que García Márquez define y legitima como el "realismo mágico".

La "Muerte en la calle" de Javier convulsiona a los distintos actores sociales de diferente manera y la esconde por medio de la duda, la hipocresía, el amarillismo, la negación de un acto heroico para unos, detestable para los otros:

Javier está muerto y ya no hay nada que hacer. Muerto.

Trece días, solo trece días después de bajarse del avión es asesinado en una callejuela de San Salvador cerca del Estadio, confundido entre los transeúntes. Ejecutado con las manos atadas a la espalda.

...Trece días.

Las ramas secas de los árboles se abren en capullos, reverdecen las hojas, maduran y llueven revoloteando colores para caer al suelo sin oportunidad de defenderse.

Javier cae, héroe de su propia melancolía. Nadie acepta la autoría del crimen.

...El ataúd yace clausurado en medio de la iglesia católica de moda, mientras el Arzobispo reza por la paz de su alma y decenas de personas bien vestidas consuelan a sus parientes y amigos. Los discursos en el cementerio no dicen nada que lo identifique, porque quienes hablan nunca lo conocieron bien.

La radio informa, una y otra vez, sobre el desafortunado accidente de tránsito que lo lleva a la tumba, a él Javier Castro Rodríguez, un hijo de familia respetable y adinerada, una promesa sin cumplir.

Los amigos no asisten al entierro por miedo a las represalias, los enemigos cargan el féretro, los jesuitas se reprochan no haber hecho algo más por evitar la desgracia, los guardaespaldas protegen a los asistentes.

Mi familia, confundida con las versiones contradictorias y temiendo por mi vida, se encarga de enviar flores y de dar un pésame que pesa en el alma. Un pésame árido y seco como la tierra donde sucumbe la esperanza.

La prensa se escandaliza por las altas cifras de muertos en la carretera y se condeula del infortunado accidente que apesadumbra a una respetable estirpe de hombres dueños de tierras y negocios. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 133-134).

Ambas tendencias literarias –el realismo mágico o lo real maravilloso– no representan más que la vida cotidiana, la vida extraordinaria, increíble muchas veces, de nuestra convulsa región centroamericana:

En el mercado, donde todos comentan, una mujer le pregunta a otra si sabe de las niñas que vivían con los abuelos, pregunta si las encontraron entre las cenizas. Nos miran y no nos ven pasar.

—Seguro, la abuela logra convertirlas en pájaros, para que vuelen lejos.

—A lo mejor sus padres volvieron de la cárcel y se las llevaron con ellos.

—Pueden estar perdidas en la selva...

Jachel ladra contenta para que nos vean y nadie la escucha. Marcia se quita el pañuelo de la boca y nadie la oye.

Atravesamos la ciudad y ya en las afueras vemos el humo del fogón del rancho de la tía Rosario bailando con el viento, y sentimos un olor a comida que nos hace salivar. En la puerta, la tía nos mira venir, sonrío, y abre los brazos como dos alas inmensas para recibirnos con un abrazo. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 22-23).

Compromiso, problemáticas y puertas a la esperanza

Como se afirma en el prólogo del libro, en *Cerro pelón: lágrimas de barro*:

...los temas varían: los genocidios efectuados por los paramilitares y el ejército en el quiché guatemalteco; la vida en un tugurio de Tegucigalpa y la explotación sexual juvenil de ambos sexos; el confuso asesinato de un joven de la resistencia en San Salvador; la desaparición de un poblado al pie de un cerro al norte de Costa Rica después de la explotación irresponsable de los recursos naturales; la lucha campesina por mantener sus tierras en precario en el Pacífico de Nicaragua; la vida en Sixaola, pueblo fronterizo con Panamá después de las inundaciones, y el tema del abuso de adolescentes (Prólogo "De adolescentes, desastres naturales y violencia social" en *Cerro Pelón, lágrimas de barro*) (Pérez-Yglesias, 2013, p. ix).

Entre las temáticas generales más importantes siempre inmersas en las emociones y sentimientos de los personajes se encuentran la de la migración –obligada por las circunstancias–; la del abuso de adultos a los niños y los jóvenes; la de las clases sociales; la de las fronteras; la de poder económico, militar y paramilitar interno y externo –intervención–; la de la pobreza y enfermedades como el "sida"; la de los grupos rebeldes organizados política y militarmente (Frente Sandinista, Frente Farabundo Martí...); la del genocidio (sobre todo en Guatemala); la del descuido de la naturaleza; la del amor –filial, de parejas, a los animales–; la de la educación como una vía; la de la tradición religiosa; la de la diversidad cultura.

Las historias contadas por los protagonistas –reflexivos y rebeldes– están dentro de un contexto natural, familiar y socio-político adverso que responde a las sociedades violentas y violentadas de América Central:

El juego, el humor, las historias cortas salpican los relatos en un intento por sonreír –reír llorando–, quebrar la tragedia que significa un poder (familiar, político, económico, militar e incluso cultural) que no mide las consecuencias personales y sociales de sus actos arbitrarios (Prólogo "De adolescentes, desastres naturales y violencia social" en *Cerro Pelón, lágrimas de barro*) (Pérez-Yglesias, 2013, p. xi).

La rudeza de las acciones, la dureza de la vida de los personajes contrasta, como ya se dijo, con sus sentimientos de afecto, solidaridad y esperanza. Luchadores, inteligentes, reflexivos, fuertes a pesar de su fragilidad, sensibles, imaginativos, los y las jóvenes protagonistas logran salir adelante y sueñan con una vida mejor.

Lina, la protagonista de "*Jesibú*", piensa en Jesús, su amigo de Amubri, Talamanca e imagina su futuro:

Estoy convencida que un día de estos, cuando los recuerdos se limpien como las huellas de la inundación, dejaré de temerles a los hombres y, como una luna llena capaz de desbordar el agua, pariré mi primer hijo. Tendré un niño con sonrisa de dientes blancos y ojos negros, como los míos. Un pequeño de los que hay que proteger más porque son más débiles cuando chiquitos. Pariré un güila que me va a cuidar y a querer cuando se convierta en hombre. Un hijo del cielo sin nubes y de la tierra fértil. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 172).

Prevalece el valor de la colaboración, del afecto, de la lucha, de la búsqueda de justicia y de paz, de la equidad, del respeto a las diferencias, de la libertad y la democracia como bases para lograr una mejor calidad de vida.

Miriam, la novia y compañera de Javier, en "*Muerte en la calle*" reflexiona en El Salvador agredido por el poder y la sequía y piensa en los horrores de la guerra y en el cambio:

Nos sentimos tristes y desalentados con cada muerto, con cada desaparecido, con cada encarcelado, con cada relato de corrupción, con cada tortura enajenante, con cada grupo de campesinos que no tiene nada que comer, con cada tugurio que se cuelga de los barrancos

...Consideramos que se acerca el final de la lucha y queremos compartir el entusiasmo de ese día en que nos sentiremos libres e iguales. Creemos estar a la vuelta de la toma del poder y queremos ayudar a reconstruir el país, a sanear las heridas abiertas, a romper los odios y quebrar los resentimientos... (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 130-131).

La voz del silencio y la libertad...

Los personajes tratan de romper el silencio pero realmente están solos. Los adultos, cuando podrían hacerlo, raramente se preocupan por sus emociones, sus necesidades, sus sentimientos. Los ignoran o, simplemente, no pueden escucharlos porque no saben cómo hacerlo o están lejos o muertos.

Esa necesidad de gritar, de decir de las o los jóvenes los trasciende a ellos como protagonistas. Sus amigos, sus congéneres, los habitantes de sus pueblos muchos sin nombre, silenciosos buscan sobrevivir.

El mundo del pensamiento es mucho más fuerte que el de la palabra en los diálogos. Piensan más que hablan. Hay más silencio que ruido. El ruido delata la presencia y pone en alerta a quienes torturan, masacran, regañan, silencian a la fuerza.

La oscuridad, la soledad, el paso tenue, el misterio, el ocultamiento protegen. Rosalía encerrada en el túnel cavado debajo de la Iglesia no quiere delatar su presencia por temor a que la encarcelen como precarista;

Gertrudis silencia a su hermanita Marcia por temor a que la escuchen los paramilitares o los militares, llora sin lágrimas y grita sin ruido...; Javier y Miriam ocultan sus actividades a sus padres, quienes piensan distinto y tratan de convencer para conseguir recursos para su causa; Lillo esconde en lo más profundo de su alma todos sus miedos; Lina ni siquiera se atreve a contarle a Jesús sobre la situación con su padrastro en la casa; los del pueblo al pie de Cerro pelón denuncian los abusos pero las autoridades no los escuchan...

La gran metáfora del silencio, de los pueblos que gritan y nadie los escucha para ayudarlos es Jachel, una perra sordo muda que ladra sin que nadie, ni siquiera ella misma, escuche. Gertrudis, la mestiza pelirroja que cuida de su hermanita Marcia, cuenta:

Jachel ladra con fuerza como queriendo asustar a la luna llena para que se oculte y no alumbré el campamento de la guerrilla.

Somos gente del silencio, de las noches oscuras, de las pisadas sin huella. Procuramos no herir las plantas al pasar y, en los lugares más transitados, eliminamos los rastros con una rama que nos sirve de escoba.

Barremos el miedo.

...Jachel es tan pequeña y tan flaca que sus patas no dejan marcas en el suelo húmedo. Igual que no tienen eco en la montaña sus ladridos de furia. Aúlla como un coyote que protege a sus hijos del cazador, y nadie escucha nada.

Gime fuerte para consolar a los abuelos aquel día soleado en que queman el caserío y asesinan a todo el mundo. Tal vez los viejos sí pudieron oírlo con su espíritu porque, cuando olfatea sus cuerpos, ya están muertos.

A mis trece años a mí tampoco nadie puede escucharme porque no sé llorar. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 3).

El mutismo versus la palabra, la impotencia y la esperanza del cambio, el silencio y la algarabía, la parálisis y el

movimiento, la opresión y la libertad a menudo están representados en y por la naturaleza misma. Los pájaros, el vuelo, las alas como símbolos universales aparecen pintados de trópico en las guacamayas, los pericos, los zopilotes, las garzas, las loras, los quetzales, el águila de cola blanca... Las alas protegen, permiten bailar, son mágicas porque con ellas se puede escapar, huir, pero también encontrar la libertad. Los personajes se identifican con distintas aves según lo que suceda, pero también se hermanan por sus características de personalidad y la forma de expresarse:

Indefensos, a los abuelitos los rematan con machete para no gastar las municiones y esperan que el fuego los convierta en ceniza.

Mis brazos, desesperados, se separan del cuerpo en un intento vano por volar lejos... Volar, como una garza de agua dulce que balancea sus alas enormes con el aire de la tarde. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 6).

Los animales de los bosques y las selvas no solo colaboran y apoyan a los vulnerables, sino que les sirven a los personajes para evadir momentáneamente la realidad. Miguel, Lillo, el protagonista de "*Y ahora el Mitch*" afirma:

Quiero ser una guacamaya y mirar la tierra desde el cielo. Una lora para repetir mis secretos sin remordimiento. Un perico para vivir en manada y ensordecere el silencio con un escándalo monumental (Pérez-Yglesias, 2013, p.84).

Las garzas me gustan por sus enormes alas blancas y porque no son bulliciosas. A Marcia de seguro le encantan las guacamayas y los pericos. (Pérez-Yglesias, 2013, p.18).

Los animales –domésticos o en libertad– y la flora, igual que en los otros libros, ocupan, entonces, un lugar importante en los textos. Los perros forman parte de la familia Corronga, Pichinga, Anafre, Jachel, Pulgas... igual que "Bigotes", el gato de Chilita. Las

gallinas y sus gallos y pollos, el ganado –sin nombre propio– también tienen mucha importancia en las vidas campesinas.

Lina, en Jesibú trata de salvar a todos sus animales de la inundación y los personajes se conducen y piensan en ellos cuando las desgracias naturales o los hombres despiadados los destruyen:

Con los pollos y la pelona no pudimos hacer nada y los encaramamos en la repisa del Corazón de Jesús, a ver si los protege y están vivos cuando nos devuelvan a casa.

... Los pájaros escandalosos se balancean mudos en las ramas más altas. El ganado se apuña lejos de los bordes y, prensado por las cercas que le impiden huir, tiembla al sentir que el barro sube y lo hunde. Una novilla se paraliza de miedo al no poder mover las patas. Silenciosa mira hacia arriba, como esperando que la salven. La ternera, apenas crecida, no puede huir. (Pérez-Yglesias, 2013, p.18).

Los reptiles y los insectos –lagartijas, culebras, libélulas, cucarachas, luciérnagas, chicharras, mariposas, grillos...), como ya dijimos, también son significativos. En unos casos forman parte de la ambientación, en otras refuerzan las emociones de los personajes. Veamos un ejemplo de las pulgas hambrientas en "Y ahora el Mitch":

Esta noche oscura, aquí en mi casa de dos aposentos, las pulgas misteriosamente deciden descansar. Pulgas gordas de terneros flacos.

—No sé de dónde me salió este cabezón enano y con tan malas pulgas.

Malas pulgas, las que nos chupan la sangre. Yo no puedo enojarme con las pulgas aunque me pongan...

Los pobres insectos se portan mal sólo para sobrevivir. Chupan sangre, como vampiros saltarines, y dejan la huella rojiza en la ropa para que nadie se olvide de su noche de fiesta. Tal vez al día siguiente, en el piso de tierra, las pobres no encuentren nada que comer. Ni un perro flaco para que sus panzas

se hinchen de placer. Me convierto en asesino. Las cazo lento pero seguro. Las siento brincar y, cuando están en lo mejor de la cena, las atrapo. Me dan lástima pero me lastiman. Las lastimo con lástima... (Pérez-Yglesias, 2013, p. 59).

Si los personajes y la naturaleza –como paisaje, como referente, humanizada, participativa, como desastre– son afectivamente muy significativos en el texto, no lo son menos algunos temas que afectan con fuerza el área centroamericana: entre otros, pensamos en la multiculturalidad, representada en este caso, por los grupos indígenas y la población ladina e incluso por el contraste entre lo latinoamericano y europeo ("Muerte en la Calle").

Las *diferencias culturales* se marcan fundamentalmente en "Jachel, la perra muda" y en "Jesibú" (cuento que se desarrolla en una zona fronteriza entre Panamá y Costa Rica, entre el mundo indígena y el ladino) y se muestran como grandes contrastes entre las tradiciones, valores y creencias –comidas, costumbres, formas de ver la realidad, religiosidad–. El Quiché guatemalteco o los indígenas de Talamancas son parte de la naturaleza misma.

Más allá de lo puramente étnico, la *religiosidad* popular y la más formal (el sincretismo, el mestizaje) atraviesan todos los textos en figuras concretas como la del Padre Venancio que le da seguimiento al hondureño Lillo, o el sacerdote de "Una mañana azul" que apoya la lucha por la tierra y construye el templo con el pueblo, o el Padre Domingo del Carmen quien, igual que otros sacerdotes, visita cada temporada diferentes pueblos para impartir los sacramentos. La religiosidad occidental se mezcla con los dioses anclados a la tierra y lo espiritual, da paso a la creencia, a lo mágico, a la curandera que conoce la medicina natural, al ermitaño que vive en la cueva con los murciélagos, a los mitos y las leyendas:

Beatriz y yo recordamos las veces que subimos y descendemos del cerro y sonreímos al pensar en los franciscanos y en los piratas y en las brujas y el ermitaño que tantas noches nos alegran la velada y rompen la monotonía de un rosario que nos da pereza rezar.

—Un pecado casi mortal para que le confesés al padre, Agustín.

—Y vos, Bea, qué pensás del beso que me robaste el otro día. ¿Un pecadillo venial? (Pérez-Yglesias, 2013, p. 48).

Chicha, la hechicera, se ríe sin dientes para masticar el miedo.

...Los niños no somos culpables. Y aunque el padre Venancio afirme que nacemos con "el pecado original", que vaya usted a saber qué significa, nosotros somos inocentes. Inocentes. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 53-54).

El religioso traía ideas de trabajo y de paz, de amor y de lucha, de rezos y defensas justas, de convertir la ermita en una verdadera iglesia. La construimos con nuestras propias manos. Leñadores y carpinteros armamos bancas y un altar. (Pérez-Yglesias, 2013, p. 105).

Otra problemática que está siempre presente es la de la *educación, la del maestro, la de los libros*. Prácticamente todos los personajes quieren aprender, incluso quieren asistir a la escuela, a la secundaria y, en el caso de algunos personajes, a la universidad. Miriam y Javier, igual que Agustín y Beatriz, Rosalía, Lina y Jesús también llegan a ser bachilleres en medio de las dificultades. Lillo, está en la escuela y la maestra lo protege para que siga estudiando.

Al igual que su madre o el Padre Venancio, la maestra se impresiona con el permanente juego de palabras de Lillo, quien se encuentra un diccionario en una banca de la iglesia y lo convierte en su compañero inseparable. Guillermo, el novio de Rosalía es profesor en el colegio y Gertrudis ama los libros que dejó su abuelo alemán en el poblado y que arden con su propia tragedia:

Mis libros crujen rebeldes con el viento que se lleva sus historias en humo. Se queman llevándose las memorias y las notas escritas por el abuelo a lápiz, en palabras alemanas o inglesas que no logro descifrar. Arden dejándome el recuerdo de cientos de frases que pensé entender mejor algún día. Chillan impacientes por alertar a la gente de los otros ranchos para que pueda huir a tiempo.

Arden mejor que los cuerpos de mis viejos abuelos que, por suerte, ya están muertos. (Pérez-Yglesias, 2013, p 5).

El aprendizaje se relaciona con las instancias formales, con la lectura, lo escrito, pero también muy fuertemente con la oralidad y, en este aspecto hay un gran respeto a los mayores, a los que tienen el conocimiento por tradición, a los que fundaron los lugares, los que recuerdan las anécdotas, los que se inspiran en las tradiciones y relatan las leyendas. El liderazgo es importante, la experiencia es importante y contrasta con el poder de la dominación, de la fuerza bruta, con el poder de la destrucción, de la tortura, la violencia y la injusticia. El conocimiento, la sabiduría popular, el sentido común lo representan muchas veces los y las abuelas que siempre están presentes. La *familia* es fundamental, aunque a veces, como en el caso de Lina o de Miguelillo, o de Javier se vuelva disfuncional.

Pero mucha de la reflexión, del diálogo interior, del proceso paulatino de conocer por medio de la observación, de la escucha, de la reflexión se le deja a los y las jóvenes quienes crecen dentro de las mismas historias. Los protagonistas se debaten en la contradicción, en las emociones incontrolables, en la ambivalencia pero al final siempre toman un camino positivo y, salen adelante esperanzados.

Otro tema fundamental es de *la soledad, la orfandad, el exilio*... Gertrudis y Marcia pierden a sus padres y a sus abuelos físicamente y emigran de un lado a otro dentro del territorio

Quiché. Quedan huérfanas pero encuentran una tía que las acoge y un grupo de luchadores que las resguarda. Rosalía no sabe qué pasa con su familia y vecinos, y se angustia pero no puede salir de su encierro. Javier se separa ideológicamente de su familia y la pierde, y Lillo rechaza a su madre que lo utiliza pero tiene a sus hermanas y sus amigos que lo apoyan. Unos emigran dentro de su propia tierra como los abuelos de Beatriz y Agustín, las hermanas y Jachel, otros tratan de hacerlo hacia fuera, como Lillo que busca llegar a Panamá atravesando territorios o Miriam y Javier que emigran a Europa con un objetivo definido. Migran de un pueblo a otro, de una cultura a otra, de una frontera a otra. La soledad puede ser física, pero sobre todo es un sentimiento interior, hermano del silencio.

Prosa poética, juego lingüístico y realismo

Los relatos, realistas y comprometidos, se acercan a los textos históricos para quebrarlos con la fuerza –a veces brutal, otras tierna de las imágenes–, de las metáforas y símiles que permiten a los críticos calificar el estilo del libro como “prosa poética”.

Efectivamente la frase corta y la gran cantidad de juegos lingüísticos remiten a la poesía. Se trata de un estilo –también señalado por la crítica– ágil, ameno, “original” y sencillo que utiliza un amplio vocabulario y juega con él, pero no cae en extravagancias, ni en un lenguaje “rebuscado”.

Sin proponérmelo se logran imágenes literarias agradables y, a pesar de la tragedia, existe un humor que invita a sonreír. Un sentido del humor que se produce, la mayor parte de las veces, por los juegos de palabras, por la introducción de dichos y refranes populares, por los pequeños versos que se intercalan, por algunos diálogos o ciertos relatos (meta-relatos) dentro de la narración misma:

—Este chiquillo come más que un serrucho sin dientes.

—El mocososo mayor parece un comején, solo que él no desperdicia ni el polvo...

—Maldito desgraciado, no dejó ni una borona de pan para mañana.

—Esta criatura, aunque sea de Dios, come más que un remordimiento.

Remordimiento les debía de dar a los que se roban la comida de los “damnificados”, de nosotros los que quedamos jodidos después de un desastre como el huracán Mitch. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 54-55).

Los diálogos cortos y concisos permiten introducir otras voces de manera directa, y más que para discutir un tema o problema sirven para “poner el dedo en la llaga”, para enfatizar, para interrumpir un flujo del pensamiento a veces demasiado duro. El o la protagonista a veces dice o piensa en forma de diálogo como un intento de objetivar y contarse a sí mismo y a nosotros los lectores.

Las historias cuentan lo que sucede en el contexto, relatan hechos concretos, describen con gran fuerza expresiva lo que pasa. Sin embargo igual que en los otros libros, las sensaciones, los sentimientos, las percepciones predominan. Contar, describir, sentir.

Un elemento importante que raramente pasa desapercibido para los y las lectores o los comentaristas son los títulos, tanto de los libros como de los cuentos. Agradan por ser títulos atractivos, sugerentes, que actúan como un gancho, como un desafío a la lectura. Son poéticos, afectivos, curiosos pero a la vez referenciales.

En *Cerro pelón, lágrimas de barro*, ninguno de los títulos incluye directamente a los protagonistas: “Jesibú”, el hijo del futuro, representa para Lina superar su miedo a los hombres; “Jachel, la perra muda”, significa la gran metáfora del silencio en el

que viven los pueblos; "Y ahora el Mitch", juega con el dicho "tras cuernos, palos", una tragedia personal y social y encima el huracán; "Muerte en la calle", simboliza el doble discurso de los padres de Javier –el novio de la narradora– que no pueden reconocer su condición de guerrillero y simulan un accidente de automóvil; "Una mañana azul" remite al sueño de Rosalía de casarse con Guillermo cuando todo esté claro y haya superado la oscuridad del encierro y de la lucha por la tierra; y "Cerro pelón, lágrimas de barro", interpreta la destrucción de la naturaleza y sus efectos. Además de sugerentes y emotivos, en algunos casos, con la lectura se cargan de ironía...

Ciertamente en cada una de las historias del libro se busca contar hechos, anécdotas, acontecimientos pero, sobre todo, interesa "vivenciar" a los personajes, mostrar sus sentimientos, sus emociones, su evolución en un tiempo relativamente corto, evidenciar sus valores... y eso de alguna forma se percibe en el nombre del relato.

Escrituras distintas: de la palabra a la imagen

Mi interés por el estudio de la imagen, de la comunicación y prácticas populares marcan los referentes. La semiótica define una atracción por la intertextualidad –diálogo de textos– con productos de la comunicación como la prensa, la radio, la caricatura, la historieta, los dibujos animados, la literatura, los símbolos patrios, la música...

Los inter textos explícitos son muy variados y en unos cuentos más fuerte que en otros. Tomemos dos ejemplos:

En "Una mañana azul" (89-114), en el texto se incluyen el escudo y el himno nacional de Nicaragua, las voces de la radio, los santos (San Francisco y San Antonio), Mafalda y todos sus personajes; el viejo

Testamento, Sansón y Dalila; los superhéroes Batman, Superman y la Mujer Maravilla; el dicho popular ("lágrimas de cocodrilo", "Sabe más por vieja y leída que por sabia", "... entrar con los tacos puestos"); autores como Freud, Quino, personajes como Prometeo o Julio César; canciones como la de la hormiga de Cri-Cri o la popular revolucionaria "A desalojar"...

En el caso de "Y ahora el Mitch" (51-85), las referencias directas también son múltiples. Además del referente Estados Unidos, la Base Militar Palmerola en Honduras y lugares como Choluteca, Tegucigalpa, Valle Ángeles, Panamá y el Canal, aparecen frases en inglés, se habla del huracán Mitch, los fenómenos climáticos de El Niño y La Niña, los "boys scouts", el sida (VIH), el poeta Walt Whitman..., se mencionan los comics o dibujos animados –varios de Walt Disney– y personajes como el Pato Donald, Rico MacPato, Silvestre y Piolín, Micky Mouse –el ratón super héroe–, Batman y el Conde Drácula.

Este interés por la imagen se evidencia también en el gusto por presentar los libros con "lecturas en imagen", lo que me permite compartir con algunos artistas de diferentes generaciones, como el joven Camilo Bolaños quien aporta el dibujo a bolígrafo que abre el libro *Boleros nos volvemos tango*, una apasionada pareja que baila bajo la fractura que va resquebrajando el color negro –¿la pareja?– o el heterogéneo Alberto Moreno quien permite penetrar en el texto *Las Fronteras de la luna y el sol* a través de los ojos de una mujer que mira detrás el árbol.

Las escenas que reproducen a lápiz, cada una de las historia cortas de *Mapy y la monja que vuela* o de *Niñas y niños como los ángeles: Piojitas y piojosas*, igual que los dibujos de cada una de las historias de *Cerro pelón, lágrimas de barro*, le deben su autoría a

Eddy Castro Rojas, un polifacético y analítico artista capaz de cambiar los estilos, dibujar escenas caricaturescas, imprimir rasgos dramáticos y reflexionar sobre cada uno de los relatos. El dramático y sugerente dibujo de la portada de *Cerro pelón*, sintetiza el texto: bajo la mirada llorosa del cerro impotente, Eddy cuenta historias, muestra personajes agrieta el suelo seco bajo una lluvia persistente y produce un movimiento que resquebraja la esperanza.

La escritura a dos manos –una en palabras y otra en imagen– aumenta en gran medida el valor del libro. Por otra parte hay que reconocer la labor editorial de la UNED por su profesionalismo y su solidaridad.

Algo que también señalan los y las lectoras es la capacidad de los libros de dibujar con palabras, de volver “película” el libro y permitirle a quienes lo disfrutan imaginar paso a paso lo que ocurre, de sentir lo que sienten los personajes, de trasladarse al lugar y vivir “personalmente” el proceso.

La descripción gráfica del contexto –tanto del paisaje natural como de lo humano– en el que ocurren los hechos y el énfasis en las emociones, los deseos, las percepciones se complementa con la fuerza de los otros sentidos. Vemos, escuchamos, olemos, degustamos y sentimos en la piel a través de los personajes. El poder, la intensidad de los sentidos igual que la de los sentimientos permiten penetrar con mayor profundidad en los relatos y, de cierta forma, vivirlos. Veamos solo unos cuantos ejemplos del cuento “Jachel, la perra muda”:

Un árbol enorme partido por un rayo desafiante, poderoso, agresivo porque quiere violar la tierra, acoge el fuego para convertirse en leña, en luz, en colores sangrantes.

El calor me envuelve de nuevo y me tapo la nariz y la boca para no toser con el humo.

Jachel duerme en el corredor cuando se escuchan las pisadas de las botas retumbando en el suelo. La despierta el eco del movimiento y agita su cola chinga. Olfatea el aire y ladra para advertirnos del peligro.

Tienen mal aliento y huelen a humo y a sangre y a licor.

Cuando empieza el asalto le tapo los ojos y olvido que las tragedias también se escuchan y se huelen y se sienten en todo el cuerpo.

Las dos veces que nos atacan las bromas y las risotadas son las mismas en caras distintas.

Papá huele a chicha y a sudor del campo. Mamá a flores y a jabón. El abuelo guarda el olor a cigarro y la abuela a humo del fogón y a hierbas. Las hierbas del campo con las que cura.

Marcia me mira con ojos de asombro. Me toma la mano con ternura y acaricia mi mutismo.

Siente el retumbar de la callecilla de tierra para descubrir si la golpean botas militares. Observa cualquier movimiento, mira a lo lejos y nos lame las manos con ternura. (Pérez-Yglesias, 2013, pp. 3-23).

Lectura, diálogo e impactos posibles

En una entrevista que me hicieran en la UNED me preguntaban sobre el impacto de mis libros y el tipo de lectores. Y definitivamente es difícil responder a esto. La preocupación de los escritores se centra más bien en cómo estimular una mayor lectura en Costa Rica, en la dificultad para que se promuevan los libros –no los resúmenes ni las fotocopias en el ámbito educativo–, de que haya una mejor distribución y difusión por parte de las mismas editoriales y de los medios de comunicación.

Preocupa la tendencia de algunas librerías y de ciertos ámbitos académicos de promocionar y recomendar lo que se produce en el exterior. La tendencia a decir que “lo extranjero es mejor y que lo nacional ni vale

la pena leerlo...". Esta falacia –en todos los lugares hay bueno y malo– nos perjudica el desarrollo de la literatura nacional misma. Porque sin leer no es posible juzgar, ni criticar y, aún peor, no es factible contribuir con el mejoramiento si es del caso. En mi experiencia personal la difusión ha sido satisfactoria –solo de *Mapy y la monja que vuela* se está terminando de distribuir la primera impresión; ya de *Boleros* y *Las fronteras* se inicia la venta de la tercera; y de los otros tres libros se está difundiendo la segunda impresión.

En el caso de mis textos además de la recomendación entre lectores y lectoras, algunas presentaciones en público y la participación en actividades como esta, me parece importante destacar la rica experiencia que significa dialogar en escuelas y colegios –hasta ahora públicos y algunos en zona rural– y en la universidad con estudiantes de Estudios Generales y de Literatura Centroamericana.

El problema reside en lograr que la lectura se inicie, que se tenga acceso al libro, que alguien decida leerlo... En general la gente expresa que cuando comienza la lectura de uno de mis libros la termina. Tal vez porque son libros duros y tiernos a la vez, verosímiles –o crebles– e imaginarios, cariñosos sin importar la dureza de los argumentos, esperanzadores, propositivos y como alguien señalo en uno de sus comentarios “profundamente humanos”. Creo que gustan por las imágenes –en palabras y a lápiz–, por los personajes y también por el juego. Un juego permanente con el lenguaje y con las posibilidades que da cada argumento, cada reflexión y cada acto de memoria. Pero creo que resultan “pegajosos” porque le permiten a cada lector y lectora construir sus propias historias, como lo hace el artista Eddy Castro Rojas (Ecaro) con sus vívidas imágenes dibujadas.

Conclusión

Escribir un libro como *Cerro pelón, lágrimas de barro* –y los dos del mismo género e intencionalidad que le anteceden– demanda rigurosidad, investigación y una visión documentada sobre la problemática involucrada. Exige conocer la región, los pueblos, los acontecimientos históricos y tener asumidos los valores sociales y culturales que se defienden. En la guerra todos pierden, el poder ejercido por la fuerza es nefasto y la pobreza y la injusticia engendran la violencia. La competencia intergeneracional, entre sexos o las clases sociales debería ser sustituida por la solidaridad y la colaboración. El afecto y la esperanza aunque no son suficientes para una transformación social, al menos permiten la sobrevivencia.

Escribir un texto donde la memoria y la imaginación se unen para construir personajes representativos, marcados por el dolor y la tragedia, requiere ponerse en sus zapatos, sufrir con ellos, luchar por el cambio, no perder la esperanza. Escribir desgarrar y compromete, pero es en el diálogo con los lectores donde los significados se multiplican, se contradicen, afirman o complementan.

Este artículo se genera en una conferencia y se complementa con los ecos de la escritura, de los comentarios y discusiones orales en distintos foros. Las presentaciones, los diálogos, las discusiones son parte de la experiencia normal de quien escribe, pero no son muchas las oportunidades que este tiene de hacer una autoreflexión y análisis, escribirla y ponerla de nuevo a discusión. Espero que el artículo resulte tan interesante para quien lo lea como productivo para mis próximos escritos.

Referencias bibliográficas

Audiovisuales UNED. 2013. María Pérez Yglesias. En: Entrevistas Literarias Parte I y Parte II, 13 setiembre.

- Bermúdez, M. 2011. Libros de feria. Semanario Universidad, San José, Universidad de Costa Rica, 17 agosto.
- Bermúdez, M. 2014. Historias del istmo. Semanario Universidad, San José, Universidad de Costa Rica, 15 enero.
- Bolaños Varela, L. 2008. Presentación Las fronteras de la luna y el sol. San José, Costa Rica: Auditorio de Estudios Sociales, 13 noviembre.
- Gutiérrez, M. 2016. A propósito de la experiencia de lectura de *Cerro Pelón, lágrimas de barro* de María Pérez Yglesias. Revista Humanidades, Estudios Generales. San José: Editorial Universidad de Costa Rica (En prensa).
- Jiménez, M. 2014 Cuentos: Cerro pelón, lágrimas de barro. Disponible en: <https://prezi.com/df5n6cjuz35/cuentos/>
- Pérez Yglesias, M. 2008. Las fronteras de la luna y el sol. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2008. Boleros nos volvemos tango. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2010. Silencio, el mundo tiene el ala rota. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2010. Cerro pelón, lágrimas de barro. De adolescentes y desastres en Centroamérica. Colección Iberoamérica, 2. Extremadura, España: Edic. CEEXCI.
- Pérez Yglesias, M. 2011. Niñas y niños como los ángeles: Piojitas y piojotas. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2012. Mapy y la monja que vuela. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2013. Cerro pelón, lágrimas de barro. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2015. Anclas sin poema. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2015. Hacker y el expediente CLO-B=X. En: Te voy a recordar. Relatos de Ciencia Ficción. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Pérez Yglesias, M. 2016. Vivir para jugar. San José, Costa Rica: Editorial Estatal a Distancia.
- Silva Jiménez, C. 2015. Cerro pelón, lágrimas de cartón. Curso Integrado de Humanidades, Universidad de Costa Rica. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qhcJbelmqio>
- Torres M, P. 2015. Entrevista María Pérez Yglesias. En: 45 revoluciones por minuto. La Coleccionista de Espejos. Página de Crítica Literaria Costarricense, Arte y Cultura Latino y Centroamericana. Disponible en: <http://themirrorcollector.blogspot.com/2015/10/en-45revoluciones-por-minuto-o-mas.htm>
- Viquez Guzmán, B. 2015. María Pérez Yglesias. En: El arte literario y su teoría. Disponible en: <http://heredia-costarica.zonalibre.org/2015/01/maria-perez-yglesias.htm>
- Ugalde, E. 2013. Entrevista a la escritora María Pérez Yglesias sobre su libro Cerro pelón, lágrimas de barro. Club de libros (Explora mundos nuevos leyendo), 29 noviembre.